



Máster en Psicología Clínica y psicoterapia

MÓDULO II



www.isfap.com • info@isfap.com

TEMA V. PATOLOGÍAS DEL SIGLO XXI

Subjetividad

La investigación de la subjetividad consiste básicamente en la interrogación de los sentidos, las significaciones y los valores, éticos y morales, que produce una determinada cultura, su forma de apropiación por los individuos y la orientación que efectúan sobre sus acciones prácticas. No existe una subjetividad que pueda aislarse de la cultura y la vida social, ni tampoco existe una cultura que pueda aislarse de la subjetividad que la sostiene. Esta mutua determinación -en verdad, mutua producción- debe ser nuestro punto de arranque, ya que la subjetividad es cultura singularizada tanto como la cultura es subjetividad -objetivizada en los productos de la cultura, las formas de intercambio y las relaciones sociales concretas que la sostienen, pero también en las significaciones y los sentidos que organizan la producción cultural-.

Psicoanálisis y Filosofía

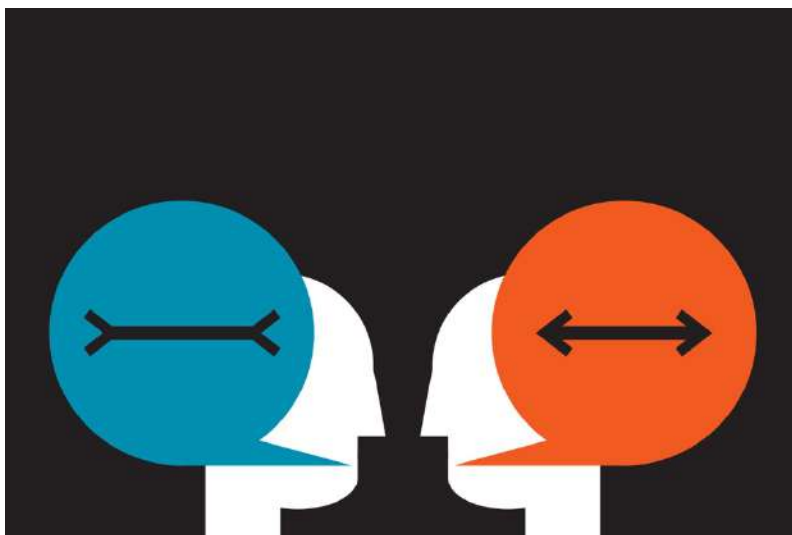
El concepto de subjetividad desde el punto de vista de la filosofía recorre un decisivo camino desde el siglo XVIII hasta la actualidad.

Descartes la concibe como sustancia, los empiristas la reservaron a aquello que representa autorreflexivamente la mente en función de su experiencia. Kant postuló un yo desubstancializado como unidad lógico-trascendental de la posibilidad de emitir juicios sobre la experiencia

En la filosofía contemporánea el giro lingüístico revirtió todas estas relaciones. Entre el mundo y la subjetividad habría distinción, pero no separación entre hechos externos e internos. El yo será una suerte de efecto del lenguaje, sin que este último pueda ser considerado a su vez como condición trascendental a priori por sí mismo.

Existen al menos cuatro posibilidades para pensar la relación entre el, el mundo y el lenguaje. El resultado de ello son cuatro abordajes de la psicología. Las líneas divisorias

que generan las 4 posibilidades surgen del cruzamiento de la polaridad interno-externo, respecto de la ubicación de la subjetividad, con la polaridad personal-impersonal, concerniente a la forma de relación entre la subjetividad y los elementos que la atañen.



En la primera polaridad – la que se refiere a la ubicación del yo –, tenemos dos psicologías que postulan una subjetividad interna, en cuyo interior se desarrolla el yo; y por otro a dos psicologías que consideran a la

subjetividad como un reflejo de vínculos que se dan en la cultura, y por tanto fuera de la interioridad de las personas.

La segunda polaridad – referida a la formación de la subjetividad, se puede concebir de dos modos: como una relación de causas-efecto por la cual es esencial la intervención de un tercer elemento mediador; o como resultado de una conexión directa, ya que mundo, lenguaje y subjetividad serían elementos distintos pero indisociables entre sí. Podemos obtener, pues, el siguiente entrecruzamiento:

		OBJETOS MENTALES	
		Interno	Externo
RELACION	directa	Funcionalismo	Pragmatismo
SUBJETIVIDAD / LENGUAJE	Indirecta	Freudismo	Lacanismo

En el funcionalismo de Fodor, el mundo es el proveedor causal de estímulos nerviosos al cerebro y sus funciones semánticas, ubicándose del lado de afuera de las construcciones mentales. Existe un protolenguaje interno, que es común a los seres humanos – mentales –, sobre el cual se constituyen los distintos lenguajes naturales. El yo se forma también internamente por relaciones de sentido cuya causa son también los estímulos externos.

Freud también concibe los fenómenos mentales como funciones internas de causas externas, separando el lenguaje del pensamiento. En su teoría, las representaciones de objeto se ubican en un sistema mental distinto del cual surgen las representaciones de palabra existen, tres sistemas autónomos e interrelacionados: inconsciente, preconscious y consciente, encargados de una delicada negociación cuyo objetivo es recibir cantidades de estímulo nervioso externo y descargarlas bajo la forma de la acción motora o por el habla. A la totalidad de este sistema preparado para recibir y despejar cantidades se le denomina aparato psíquico. Su objetivo primordial es descargar al máximo las cantidades, y esto significa placer. El yo no coincide enteramente con ninguno de los sistemas internos del aparato, sino que es el resultado variable de las negociaciones mantenidas entre ellos. Los estímulos provenientes del mundo exterior son recibidos por el sistema nervioso como representaciones o trazos de memoria y guardados en el sistema inconsciente; la percepción, función de los sistemas preconscious y consciente, es un conjunto de representaciones asociadas que juegan el papel de intermediario entre el yo y el mundo. El yo, por tanto, es el resultado final de las presiones entre los estímulos externos e internos.

En el lacanismo se conciben los objetos mentales de forma externa: el deseo, las creencias y la acción son elementos comprendidos no en el fuero interno de la mente, sino entre la relación entre el yo y el otro. No existen objetos mentales substancializados, diluyéndose estos entre el habla y los discursos, siendo, por tanto, construcciones sociales. Sin embargo, en su afán de separar significantes y significados y crear una teoría

para determinar significantes primordiales en los cuales se anuda el deseo, Lacan termina por deificar el lenguaje como si fuera un tercer elemento separado de la persona que habla. De ello, resulta una concepción de lo simbólico como intermediario entre lo imaginario – esto es, las creencias- y lo real –el mundo indistinto -,

La subjetividad forma un núcleo distinto y alienado al lenguaje en la medida en que el significante representa al sujeto para otro significante: el significante no representa para el sujeto, que, en este caso, es solamente un deseo tomado al deseo del otro: un deseo de nada y un nada de un deseo. En esta función lo simbólico puede ser el tercer elemento normalizador de un deseo por siempre encadenado al imaginario, desde que el sujeto se reconozca como deseo de reconocimiento.

El psicoanálisis pragmático, representado por Cavell y Costa no substancializa ni los objetos mentales ni el lenguaje. Mundo, lenguaje y yo son elementos indisociables que conforman en su conjunto lo que se viene a llamar “actitud proposicional”. La relación entre los elementos es directa y responde a las normas culturales, ya sean formas de vida o contextos de juego del lenguaje. De ello, se desprende que la Psicología no puede pretender la misma objetividad de las llamadas ciencias fuertes, aunque la acción para estos autores pueda ser descrita en términos causales.

Tres concepciones del lenguaje.

Las cuatro psicologías suponen, a su vez, tres concepciones distintas del lenguaje. Las psicologías internalistas refieren un lenguaje referencial: el lenguaje como un intermediario epistémico y cuya función es denotar el mundo. Si las representaciones están de acuerdo con la realidad externa, ellas tienen sentido y son verdaderas; por el contrario, si no, son falsas y sin sentido. En el freudismo, la realidad externa se reduce a la realidad psíquica, las palabras se refieren a la realidad impregnada de lo traumático, ya sea de carácter fantasmático o realista.

El lacanismo concibe un lenguaje ideacional en el cual no hay un lugar de afuera. El mundo no juega un papel de causalidad semántica en esta concepción, sino más bien al revés: el mundo es ya un sentido lingüístico. Los cambios de sentido son provocados por fallas recurrentes entre las mismas relaciones simbólicas, a las cuales se las denomina lo “real”.

El pragmatismo comporta un lenguaje comportamental en el cual el decir no es simplemente vehiculizar un significado, sino que el sentido de las palabras resulta de la acción, ya que el decir es también hacer alguna cosa. En esta concepción no existe el lado del adentro. No se niega la experiencia subjetiva de interioridad, el hecho de que nos referimos a nosotros mismos o de que hablamos algunas veces con voces internas o silenciosas. Sin embargo, la experiencia de subjetividad no puede ser referida sino por medios externos. Las entidades internas de la psicología clásica no son más que formas de expresión mitológicas sin las cuales no habría referencia a lo interno. Pero una Psicología concreta debe abstenerse de tales abstracciones metafísicas y describir al sujeto en su acción como un tejido compuesto de creencias y deseos anclados en su entorno cultural.

Consecuencias clínicas

En lo presentado, podemos decir que el psicoanálisis es una teoría sobre la acción irracional. Ella intenta explicar el razonamiento de los comportamientos no adaptados según un razonamiento donde aparentemente lo irracional alcanza un sentido aceptable. El psicoanálisis es, además, una propuesta de terapia que considera el sentido del comportamiento irracional como inconsciente para el agente, cuya comprensión no se efectiviza sin que se supere una fuerte carga de resistencia. Para hacer este trabajo, la clínica propone la adhesión del analista y del analizado a reglas fundamentales en el análisis. El sujeto debe de hablar todo lo que le venga a la mente sin omitir nada, ya sea

por vergüenza o porque juzgue el contenido sin importancia, o por cualquier otro tipo de juicio crítico. El analista, por su parte, debe abstenerse de sugerir los contenidos y remitirse a escuchar atentamente lo que dice el analizado y a preguntar por el sentido de las afirmaciones, estableciendo relaciones entre el decir, la forma en que se dice, la fuerza de lo que se dice y lo que se pretende significar. La idea en juego es descubrir fijaciones de sentido o precipitados de representaciones que sustentan creencias o acciones inadecuadas a los deseos correspondientes, y tratar de descomponer su núcleo duro. Al sujeto analizado le tocará la recomposición de los sentidos en una nueva forma o la redescritión de sus creencias. Es cierto, por todo esto, que la clínica va a depender de la metapsicología adoptada.

En el psicoanálisis freudiano el agente se resiste a aceptar los deseos inconscientes porque ellos comportan un peligro, que es el de aumentar la cantidad interna de excitación del aparato psíquico, lo cual significa displacer, o el dolor. El peligro es un sentido oculto al agente, guardado en forma de memoria, en el momento infantil, época en que la comprensión del mundo y de los deseos era más sencilla y también más desprotegida. Sabiendo que el inconsciente es atemporal, el trazo de memoria o la representación de imagen sigue vigente, buscando su descarga. Aunque como adulto, el agente puede resolver fácilmente estos conflictos, su estructura psíquica sigue actuando como si fuera un niño, lo que lleva a decir que la mejor forma de descargar la excitación no le llega porque el aparato interpreta, de manera autónoma, que no debe hacer llevar los contenidos a la consciencia, y no permite que estos se vuelvan representaciones de palabra o acción motora.

En el psicoanálisis de Lacan no hay concepto de resistencia – en todo caso la del analista – La ineffectividad del análisis, si la hubiere, es responsabilidad del analista. El analizado es presa de contenidos imaginarios por fijación de sentidos. Su sufrimiento resulta que lo

real lo confronta con la amenaza de pérdida de lo que él considera como su objeto más precioso y con revelar la ausencia fundamental que el deseo intenta recubrir con ilusiones fálicas. El neurótico es aquel que intenta repetir con formulas fracasadas de contestar sus problemas. la clínica consiste en el papel normalizador de la relación con lo simbólico para hacer la distancia necesaria con lo imaginario y lo real. El analista trata de deshacer las figuras imaginarias del neurótico según el método de adhesión a las reglas fundamentales del análisis. Para ello, el analista tratará de escuchar el significante fundamental del deseo del sujeto analizando.



El psicoanalista pragmático no se permitirá suposiciones sobre lo que ocurre en setting analítico, referidas a cosas que se encuentren referidas a dentro de la mente del analizando, o a fuera de lo que él mismo está diciendo con lo que dice y hace. A todos los efectos, todas las

relaciones estarán allí, a la vista de ambos. Sin embargo, existe una resistencia resultante del propio hábito lingüístico del analizando, de la manera en que se acostumbró a contestar a sus desafíos experienciales, y que ya no responde más a la realidad que conforma el mundo. El sufrimiento deviene porque se conforman hábitos inadaptados al contexto cultural. Los hábitos son, por lo general, imperceptibles, y tienden a mantenerse

por su propia inercia. Pero si el analizando llega a percibir su red de creencias, acciones y deseos los cuales están vinculadas sus respuestas, puede volver racionales sus acciones aparentemente irracionales y elegir si las quiere seguir practicando o no. Vencer las resistencias del analizando es parte del juego del lenguaje que sostienen las reglas de la transferencia en psicoanálisis.

Si por comodidad llamamos las tres líneas de psicoanálisis mencionadas, a, b y c, podríamos decir que la corriente a trata de dilucidar el sentido que el lenguaje supuestamente tendría que denotar. Esto es, que el sufrimiento resulta de lo que el lenguaje denota equivocadamente. Es necesario, por lo tanto, un enunciado verdadero, aquel que puede reunir adecuadamente una representación de objeto con una representación de palabra, y éste es uno sólo.

La corriente segunda, b, no tiene una concepción de verdad como satisfacción porque su lenguaje es ideacional; y entonces tendríamos que la verdad es una producción. El sufrimiento resulta de aquello que no hay un equilibrio adecuado con el régimen simbólico, interno al lenguaje. La causa de desequilibrio es la falta de reconocimiento del significante fundamental del deseo, el Fallo, y de su dialéctica de presencia y ausencia.

La última corriente, c, tiene un concepto de verdad como satisfacción al cual le atañe un concepto de verdad como coherencia. Los enunciados verdaderos son necesarios en cuanto pueden encontrar un sentido razonable para la acción irracional. Desde el punto de vista del analizado, le bastaría una descripción satisfactoria y coherente con su red de creencias y de deseos para que su sufrimiento tuviera fin.

El nacimiento del psicoanálisis

La época de Freud está marcada por la supremacía de la razón y del yo. Está enmarcada sobre la represión de la sexualidad, donde se ubicaba a la mujer como un ser pasivo, y

cuya sexualidad no se sabía exactamente donde estaba La sexualidad infantil, igualmente produjo llagas en los testigos de la época de Freud: la inocencia de los niños fue trastocada por Freud por la consideración de que los niños son “perversos polimorfos”.

El complejo de Edipo, otro de las grandes conceptualizaciones de la época, levantó ampollas al considerar tanto que los niños como sus padres hacían circular afectos, sexualidad, de carácter inconsciente, entre ellos, pero que los sacaban del lugar mítico de la inocencia, o de las idealizaciones hacia los padres.

Igualmente, el trauma, la seducción traumática, fueron elementos que eximían a los sujetos de la supuesta inocencia, dándoles Freud un asentamiento de responsabilidad, y de deseo ante ciertos acontecimientos.

La intención de Freud era crear una ciencia que permitiese establecer cuenta de los hechos psíquicos más allá de las dilucidaciones que brinda la psicología general que apela a la conciencia, a la voluntad a la conducta, al pensamiento y a los sentimientos. El psicoanálisis es una explicación de una parte de la realidad de un sujeto, de la subjetividad, que es la teoría del inconsciente

La existencia del sujeto del inconsciente

El inconsciente fue uno de los grandes aportes de la teoría psicoanalítica. No podemos decir que Freud lo inventó; sí que el gran aporte freudiano fue saber escucharlo. En la primera parte de su obra, Freud se dedicó con mucha minuciosidad a demostrar que a pesar de que el inconsciente no es palpable, ni localizable, existen manifestaciones que dan cuenta de su existencia. A estas manifestaciones las llamó Formaciones del inconsciente: el lapsus, el acto fallido, el chiste y los sueños. Es en estas formaciones donde hay que buscar el inconsciente freudiano.

Freud descubrió que los llamados síntomas nerviosos o histéricos, a los que se dedicaba a tratar, eran expresiones del inconsciente, de conflictos intrapsíquicos, de representaciones intolerables para el yo que encontraban una salida, una forma de manifestación disfrazada. En este sentido, los síntomas eran un símbolo, o un mensaje de algo que quería ser dicho... para alguien que los quisiera escuchar.

La existencia del movimiento psicoanalítico respondía a una época con características particulares, la época Victoriana de la Viena de Freud, donde la represión sexual para las mujeres era muy fuerte, y donde los prejuicios, tabúes y exigencias de la sociedad, condenaban a los sujetos de ese momento a reprimir sus deseos y emociones y que por eso justamente aparecían estos síntomas. En nuestro tiempo, a la modernidad y postmodernidad, no se justifica la represión freudiana, ya que asistimos a una sociedad liberada, donde lo sexual ya no constituye un tabú y donde además se respeta y admiten las elecciones de vida y sexuales de cada sujeto, y en cambio no sólo siguen persistiendo los síntomas, sino que se resuelven en nuevas manifestaciones del malestar.

El pasaje de Freud al postmodernismo

Por comenzar por algún sitio para poder articular la estructura social con la subjetividad, aludimos al artículo de 1938 sobre la familia Lacan que señalaba que el nacimiento del psicoanálisis está ligado al declinar de la función del padre en los tiempos en que Freud era un niño aún siendo fuerte la figura paterna en esos momentos. Este dato es confirmado en la investigación biográfica posterior de la relación de Freud con su padre. Irónicamente, el padre de entonces, que ocupaba una posición de privilegio y poder, estaba, precisamente por ello, expuesto a que en el ejercicio de su función se revelara su impotencia fundamental, su carácter fraudulento en relación al ideal imposible de realizar que encarnaba. En el siglo y medio transcurrido desde el nacimiento de Freud, la caída del padre se ha oficializado, por decirlo así. Esporádicamente han surgido

aberraciones sintomáticas: padres que quieren ser más padres que el Santo Padre, cuyos estragos Lacan subrayaba en su “Cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”. Hoy en día, cuestionar al padre es de rutina, y ya casi ni interesa: ya no existe ninguna correspondencia entre el prestigio y la autoridad. Y, sin embargo, tiene consecuencias importantes a nivel de subjetividad y de la clínica psicológica.

La problemática humana generada alrededor del conflicto psíquico es abordada a finales del siglo XIX por Freud bajo la estructura neurótica, dando lugar al cuerpo teórico del psicoanálisis alrededor del ideal, de la culpa, de la ambivalencia y del conflicto. La represión y la problemática identificatoria eran conceptualizados como los mecanismos psíquicos que da lugar a la formación de síntomas. Todo esto era sostenido bajo la figura del padre, bajo la presencia de un Otro, que sostenía la autoridad, la ley, el saber, los ideales.... en lo que podemos llamar estructura modernista. El concepto de modernidad es aquel por el cual cada generación se despega de la precedente y se coloca en posición de instituirse en su heredera. Pero en nuestra modernidad actual no hay solamente crisis de la transmisión, de sus objetos y de sus procesos: es también la crisis del concepto de la transmisión misma

Los comienzos del siglo XXI se sitúan ya en el postmodernismo, configurado como la caída de los ideales, tanto religiosos, como políticos y sociales, y, por ende, del Padre. El saber queda diluido, exterminado en tanto parece que todo los sujetos portan un saber – transmisión horizontal, a cambio de la vertical de antaño –, que se ubica al mismo nivel que el de otros sujetos, de tal manera que un sujeto que se ha organizado a través del esfuerzo, del tiempo y de la experiencia constituyendo un saber – desde un abogado, médico, psicoanalista – queda borrado como sujeto que porta un saber en detrimento de los otros que se ubican al mismo nivel del saber; en la actualidad “todo el mundo” puede hablar de cualquier cosa, de cualquier manera, y que posee tanto valor como el de esos sujetos que han organizado su vida alrededor de un saber concreto – y que por supuesto

no se trata de un saber absoluto -. La consecuencia es el borramiento del saber, y también del sujeto que ha subjetivado ese saber, formalizándose dentro de las caídas que formalizan el postmodernismo.



Numerosos autores de origen francés se han visto comprometidos en el estudio de lo transgeneracional. En Francia lo transgeneracional

está de moda. Se habla de análisis transgeneracional, de concatenación y de cadena de generaciones o de "reverberación mnésica" entre generaciones. Baranes habla de los desfondados o los deprimidos blancos que deambulan de no-investidura en desinvestidura como resultado de fallas narcisísticas y de identidad. Son casos en los que falta el trabajo de transmisión y de reapropiación de la herencia de las generaciones precedentes. La falta en la transmisión generacional se hace patente en la adolescencia, donde se vuelve a hacer una revisión - Piera Aulagnier - del contrato narcisista con la redacción de una "cláusula conclusiva". Así el joven adulto podrá ser inscrito simbólicamente de una manera nueva en el parentesco y en la doble diferencia de los sexos y de las generaciones.

Esta actualidad de transmisión se hace notar extremadamente, y configurada en lo que hemos apelado como transgeneracional en la adolescencia.

Los adolescentes en gran medida carecen de reglas de autopaternalización, no reciben ninguna enseñanza por el ejemplo o por conversaciones con sus padres. La televisión se

convierte en la única referencia en casas vacías de adultos, y cuando estos aparecen no tiene lugar el diálogo, conversan, pero no se dicen una palabra, con lo cual los chicos tienden más y más a replegarse y aislarse.

Y cuando ambos padres trabajan, los chicos, al volver del colegio, se encuentran la casa vacía, y la nevera llena. Los niños tienen que crecer rápidamente y adaptarse a la nueva situación. Los padres dejan de hacer y se abstienen de educar a los pequeños. Y si no hay niños, tampoco hay adultos. Los padres no se creen necesarios y dejan de aconsejar de presentarse como modelos a imitar y pasan, oh paradoja, a ser ellos quienes imiten a los jóvenes. Resulta llamativo ver a los padres vestirse y moverse como muchachos, madres que compiten con sus hijas y que intentan por todos los medios parecerse a ellas, padres que se emparejan con mujeres de la edad de sus hijas y que, en definitiva, claudican del rol de enseñantes y transmisores. Todo en la sociedad actual tiende a la exaltación de la juventud, incluso a nivel comercial es explotada: (ropa joven, música joven, cremas para estar joven, etc.) con lo que el adulto despoja al joven de sus rasgos de identidad.

En la sociedad globalizada tomamos la vida como un plato precocinado, prefijado por el consumo de una cosa detrás de otra, donde ya no parecen importar los ingredientes, adornado con la canción “don’t worry, be happy”; solemos comportarnos siguiendo a patrones de conducta preestablecidos, ya sea a través de la segunda residencia, de la moda, de los restaurantes, de las marcas y de los espectáculos. Es la publicidad la que se encarga de señalarnos aquello que se debe de poseer-consumir. La consecuencia es la escapada, la huida de la individuación, a la creación de la propia identidad consumiéndonos en productos tecnológicos como el “Gran Hermano”, en los juguetes mecanizados, en la sustitución del intercambio personal por chateos anónimos.

Asistimos, pues, a un fenómeno preocupante: la reducción espectacular de la vida interior. La aldea global se preocupa por ganar y gastar, presionando hacia el estrés, de

gozar y morir, prescindiendo de la experiencia que denominamos, ya desde hace tiempo, vida psíquica. El acto y el abandono sustituyen la posibilidad de encontrar un sentido a muchos sujetos que habitan en la llamada aldea global. Parece como si no hubiera ni tiempo ni espacio para tener un alma, creándose un ser narcisista – en su condensación de narcisismo y cinismo en el decir de Colette Soler : narcisismo sin vergüenza en su voluntad de goce, que ni siquiera requiere justificar el cinismo que sustenta, puesto que la moralidad actual lo impone, moralidad que debe ser distinguida de la ética, de la reflexión sobre nuestros actos, y respecto de la cual el discurso analítico es una de los pocos que puede ofrecer un espacio - dolido, resentido, querulante pero sin remordimiento.

El sufrimiento atenaza al cuerpo, se somatiza. Asistimos a un ceremonial donde la queja se autocomplace en sí misma y se desea sin salida. Este ser doliente si no está deprimido se exalta con objetos menores y devaluados en un placer angustiante, ya que no sabe de la satisfacción.

Estamos en la época en el que todo vale, impidiendo la aventura de conocer el propio deseo, la renuncia, aquello que conviene, la creatividad, alcanzando hasta la autonomía. Esta situación se traduce en lo referente a la articulación de intervención sobre malestares en una demanda exigente, eficaz, rápida, que al sujeto doliente no le haga sufrir, que tapone su malestar sin que el sujeto no “sienta” la intervención, siendo en definitiva una demanda realizada al terapeuta de que devuelva al sujeto a una situación de goce perdido y que exige la restitución de ello con las características descritas. Y no importa cómo sea el procedimiento, si es por fármacos o es por psicoterapia, la cuestión reside en que el mal sea expulsado del sujeto, no acusando recibo del malestar, de sus causas, de sus orígenes el sujeto. de ahí, que la industria multinacional farmacéutica, haciendo un Uno con el sujeto del malestar, proponga un Prozac bajo la categoría de lo

absoluto – siendo el segundo fármaco más vendido del mundo en todas sus categorías, y proponiéndose como un nuevo dios – capaz de restituir el equilibrio y el goce perdido.

En este mismo sentido operan las compañías de seguros que ya incluyen – como si fuera un alcance de la sociedad del bienestar – los servicios psicoterapéuticos – y por supuesto excluyendo la terapia psicoanalítica – en sus formas mas breves, eficaces y rápidas: sesiones de veinte minutos, con un plazo máximo de 20 sesiones al año. Esta es la estructura que insertan en los mecanismo de salud mental, o la Seguridad social, donde también se inscriben los nuevos psicólogos, aquellos que con la terapia cognitivo-conductual traen “la buena nueva” de los Estados Unidos de América, vendiendo como publicistas avezados que dicha intervención, dicho sistema, es el más utilizado en dicho país porque ellos son la primera potencia mundial, derivándose que ellos son los detentan no sólo el poder económico y militar, sino también “ el saber”. Por supuesto, no incluyen un dato fundamental: la terapia más utilizada en los estados Unidos de América del Norte es la psicoanalítica. Así se muestra y se expande el poder del saber en occidente, en la aldea global, cuyos representantes son la Psiquiatría y las multinacionales de la farmacología.

Elementos psicoanalíticos para las patologías del siglo XXI

Vamos a plantear elementos para la reflexión, desde el campo psicoanalítico, en referencia a las presentaciones patológicas en los inicios de este siglo marcadas por la sociedad global en el campo de la subjetividad.

En primer lugar, señalamos la discordancia entre **la preeminencia del conflicto neurótico**, como concepto por excelencia de la teoría psicoanalítica y de su transmisión -, frente a los problemas que surgen en la práctica privada y pública del psicoanálisis en

cualquiera de sus modalidades. Tales problemas, en muchas ocasiones, difícilmente pueden ser referidos al campo de la neurosis; de ello se deriva que el eje del conflicto y de su corolario principal la culpa, no es ya el centro de los relatos de los pacientes. A esta altura cabría recordar que la culpa, como bien nos mostró Freud, es un logro en el desarrollo del ser humano, un logro no garantizado. La culpa presupone una interiorización del otro, cuya facticidad es lo que hoy nos preguntamos. Es decir que, situamos uno de los ejes de las patologías actuales en las dificultades para pensar la alteridad, para reconocer la presencia del otro en mí, para transaccionar entre los ideales del narcisismo y la necesidad del reconocimiento que por parte del otro precisamos.

Los problemas relacionados con la constitución de una identidad, sea en la vertiente del ideal yo a través de las identificaciones, sea en la del yo ideal, mediante la idealización, nos conducen al campo del narcisismo, de la constitución del narcisismo en sus diferentes modalidades. Problemáticas que dan lugar a manifestaciones psicósomáticas de diversa índole y gravedad. Estados límites, en los cuales la oscilación neurótica-psicótica se hacen presentes. Trastornos psicóticos aligerados de su carga más pesada por la influencia de los psicofármacos, pero resistentes y recalcitrantes en tanto son el último refugio de la subjetividad. O simplemente normópatas cuyo tedio vital exige del analista un plus de lo que Lacan llama el “deseo del analista”.

Todo ello desplaza el centro de interés de la culpa a la angustia en sus diversas modalidades, angustia de castración, pero también angustia de intrusión y de abandono, angustia de desintegración, y subformas como la abulia, la astenia y la atonía.

De la culpa neurótica ligada a la transgresión y al temor al otro retaliativo surge el pasaje a la angustia de la falta de representación, de la ausencia de otro como referente, o de su intrusión salvaje en lo que Rodolfo llama los “significantes del Superyó”. De la enorme dificultad para reconocer el lugar del otro, tanto en lo externo como en lo interno, es

decir, el otro en mí, a la ineluctable presencia del otro como amenazante en las formas más paranoides.

Como segundo elemento planteamos la fragilidad narcisista, ya sea por exceso o por defecto, así como su corolario, el fracaso de las estrategias intrapsíquicas de resolución del conflicto, y su transformación en síntoma – social, intersubjetivo o corporal -. En este sentido, la proliferación de la violencia es el fracaso de lo intrapsíquico.



El canadiense Thierry Hentsch en el texto “la violencia es el fracaso de pensar” señala que la violencia, buena o mala, excesiva o apropiada, contribuye desde el origen a la formación de nuestra identidad. Es una

violencia que recibimos del otro, y que posteriormente interiorizamos. Esto relativiza ese mecanismo repetido hasta la saciedad, de que todo sujeto violento ha sido violentado en su infancia, como si eso lo explicara todo. Para este autor la violencia está al servicio de la identidad, y opera por exclusión: lo que no incorporamos lo rechazamos. En definitiva, se trataría de negar la alteridad dentro de mí, lo que me es extraño, lo que no puedo soportar de mí mismo. Es una doble negación: interna que rechaza parte de nuestra propia personalidad, por ejemplo, rechazo en el hombre de lo considerado como pasivo, débil o femenino. Y externa: rechazo del que es diferente, del que no se somete, del que no es reducible a la identidad.

En tercer lugar, presentamos el papel de la subjetividad, en referencia a los niños del siglo XXI, y de ese futuro inmediato. En el apogeo freudiano, el psicoanálisis se preocupaba por el hecho de hipotecar el futuro de los niños en tanto se depositaba en ellos aquello que en los padres eran frustraciones, para que lo llevaran a cabo, así como los deseos no realizados: el hijo venía a colmar el narcisismo fallido de los padres, representando para el infans una carga, y la intrusión, por tanto, de estos elementos paternos. El pasaje en la actualidad, lo que igualmente nos preocupa, es el hecho de que para muchos niños no haya ni siquiera esa depositación de sueños fallidos de los adultos, sino una obsesión por la preparación para la supervivencia ya sea con jornadas agotadoras

o con expedientes académicos que se inauguran a la edad de seis años. Este pasaje en la actualidad nos trae una absoluta falta de investiduras narcisistas para constituirse como sujeto, con la garantía que da el ser objeto del deseo del otro.

El cuarto elemento que apuntamos es en torno al concepto de dependencia mutua, y la crítica de los valores patrocéntricos de la separación e individuación, debido al hecho innegable de la interdependencia y la vulnerabilidad de los seres humanos. En la actualidad se ignora y se censura dicho concepto en favor de una conceptualización del individuo moderno, significado por los ideales ligados a la masculinidad tales como la separatividad y la objetividad.

En quinto lugar, señalamos el desplazamiento y sustitución en la actualidad de las teorías del apego por problemas identitarios, planteándose una regresión. Alcanzar el vínculo es, ya, una meta, establecerlos es más importante que su desarrollo mismo, sea éste lo conflictivo o armónico que sea. El destino neurótico o no de los vínculos que el sujeto establece queda en segundo término cuando el problema mismo es el logro de un vínculo cualquiera con el otro. El hecho mismo del apego empieza a parecer problemático.

Una interpretación sobre el padre del siglo XXI

El psicoanálisis nace en 1900 con “la Interpretación de los sueños”, de Freud; y éste dice muy claramente que lo que ha motivado el nacimiento del psicoanálisis fue una relación conflictiva y preocupante con su padre.

El padre en el nacimiento del psicoanálisis estaba aún muy presente. Y posteriormente desaparece, no tanto por los estudios freudianos sino por los estudios postfreudianos. En particular con Melanie Klein que cambia el interés al primer año de vida y en particular al superyó que se forma en este primer año

En épocas de la prehistoria, la aparición del padre es de algún modo equivalente a la aparición de la cultura y de la historia. La salida de la zoología, de la biología, y la entrada en la antropología se corresponden con la entrada del padre. Los simios antropomórficos, los más evolucionados, no tienen un padre, no tienen una función paterna verdadera. Tienen una madre, una madre muy fuerte y tienen un pequeño atisbo de cultura. No sólo son instinto, sino también tienen un poco de educación. Sabemos que el simio muy evolucionado, el pequeño es muy dependiente de la madre, el monito aprende ciertas técnicas que no son heredadas, sino que son aprendidas, las aprende en los primeros años con su madre, por ej., aprende a capturar hormigas con una hoja. Los machos de los grandes simios no tienen una relación con sus hijos y no tienen una relación monogámica con las hembras. En cambio, en las sociedades humanas, aún en las más antiguas y aun en las más simples- es decir, aquellas que no tienen escritura, observadas por antropólogos en épocas recientes – todas tienen alguna forma de función paterna. Más allá de la discusión antropológicas de si la sociedad es patriarcal, matriarcal o matrilineal es necesario hacer referencia a que en todas las sociedades hay un tipo de función paterna, como, por ejemplo, el abuelo materno.

El pasaje de la sociedad animal a cualquier tipo de sociedad humana corresponde al pasaje a un tipo de identidad masculina, a otro tipo de identidad masculina muy diversa que no tiene correspondencia en lo femenino porque en el ámbito femenino existe la madre tanto en un nivel animal como en un nivel humano. En la sociedad animal tenemos machos prepaternos, machos que combaten por poseer a las hembras y que no forman una institución familiar. El macho humano ha formado una familia monogámica. Y una relación estable con los hijos. Señalamos una dualidad en la psicología masculina, aquella del macho prepaterno relacionada con la agresividad, que simplemente combate para obtener algo, y aquellas del macho paterno que establece una continuidad, que no combate por un resultado, más bien que tiene un programa, una continuidad.

Después de haber analizado todas estas metáforas y reconstrucción, vamos a tratar de ver como se manifiesta lo que se puede llamar la regresión al macho prepaterno. Regresión a escala animal, a la zoología.

En los ghettos negros de América Septentrional se encuentran cada vez más familias sin padre. Este hecho fue estudiado por la antropóloga Margaret Mead hace medio siglo, que dice simplemente que corresponde a una herencia histórica de la esclavitud porque en la esclavitud norteamericana no se podía separar, en la figura jurídica, al hijo de la madre, y si se lo podía separar del padre. A la madre se la vendía con el hijo; Margaret Mead dice que la maternidad es un hecho natural que no se pierde y que no debe de ser enseñado salvo en condiciones excepcionales; la paternidad, por el contrario, es un hecho que debe de ser enseñado, que va enseñando una generación a otra y que en la esclavitud no se enseñaba. Margaret Mead, cuando hace este estudio cien años después llega a la conclusión de que esta paternidad sigue sin existir porque la familia negra es matrilineal, matrifocal, matriarcal, y la figura paterna no existe. Cincuenta años después de los estudios de Margaret Mead se puede observar al estudiar datos estadísticos que la situación no ha mejorado, sino por el contrario, sino que ha empeorado. Por otra parte,

como novedad en estos cincuenta años en los niveles socioeconómicos mas superiores se puede observar una refracción del padre del padre, una desaparición del padre a causa del divorcio o simplemente porque hay menos casamientos, y más del cincuenta por ciento de los niños crecen sin padre pues en las separaciones los hijos quedan con la madre, tanto en Paris como en New York. Es un fenómeno universal la desaparición del padre, que se extiende más a todos los niveles, no dándose solo en los centros urbanos, desde donde parte, sino que también se está extendiendo a las zonas rurales.

A esta desaparición que es literal, real, estadística, se agrega la desaparición simbólica, la desaparición por esa figura de autoridad paterna extendida como respeto a la autoridad o acatamiento de la autoridad, un hecho que se extiende cada vez más. La gente tiende cada vez más a no respetar esa figura que establecía un determinado orden que acompañaba antiguamente a la figura del padre y que hoy en día conlleva el alejamiento de esos roles.

Esto corresponde en un plano religioso a la laicización de la sociedad, esto es, cada vez disminuye más el respeto monoteísta al padre Y al mismo tiempo se da difusión a una figura paterna violenta, de un padre que quita la vida en vez de darla, un padre terrible, destructivo y negativo – que nos lleva a la figura del padre en tótem y tabú –Este es un modelo que parte de Europa y que se ha ido extendiendo a lo largo del mundo. Nos estamos refiriendo a las figuras del fascismo y del bolchevismo, que aparecen contemporáneamente con la finalización de la primera guerra Mundial, y que vienen a cubrir un vacío, no solo a nivel político, sino precisamente el vacío de la figura paterna fuerte, un vacío de este tipo de presencia paterna que el padre, al desaparecer, va dejando lugar.

El padre en la actualidad, como consecuencia de esta desaparición tanto estadística como simbólica, tiene como consecuencia el aumento de las bandas agresivas y

destructivas que aumentan continuamente y que aluden a una función prepaterna masculina. Se trata, por tanto, de una regresión. Otro tipo de reacción, que deseamos señalar, es una huida para adelante, una fuga, que es el intento de encontrarle al padre un espacio seguro dentro del espacio de la madre. Podríamos señalar que es una feminización de lo masculino, una feminización del padre. Se trata, pues, de ubicar al padre, en una función dentro de los roles maternos, en una relación un poco más primaria, de cuidado y de nutrición del niño. Y así, el padre pasa a cumplir roles nutricios de la madre.

Nuevas patologías

En el contexto de las transformaciones sociales, los parámetros de la psicopatología presentan, a su vez, cambios importantes caracterizados por la aparición de nuevas problemáticas, distinguiéndolas de este otro concepto utilizado que alcanza a nombrar “nuevas patologías”, o también nuevas enfermedades mentales. Aquellos que lo definen de esta forma, nuevas enfermedades, integran bajo el epígrafe de nuevas patologías todo un conjunto de trastornos psicopatológicos como las ludopatías, las nuevas adicciones, la anorexia y la bulimia. Bajo este procedimiento se da categoría de nuevo a todo aquello que supone la aparición en la escena de un nuevo objeto – ya sea las sustancias de las pastillas denominadas de diseño, la maquinaria del dinero, juego, o en la sociedad del bienestar, la comida, que, dicho sea de paso, en dicha sociedad se denuncia, justamente y a la vez, un malestar -. Y el objeto es aquello donde se tramita, donde se deposita algo que tiene que ver con el propio sujeto, y con su economía libinal, sexual. Estos nuevos objetos – aunque por otra parte no tan nuevos, como el objeto comida, ya que sí sabemos que en la literatura se empieza a referir la descripción de sujetos anoréxicos allá en el siglo XI, pasando posteriormente con los ayunos religiosos, a través de los tiempos – sirven de manifestación, de expresión y de correlato del malestar inconsciente de un sujeto, y que ya sean los objetos y sujetos están inmersos en una cultura.

Podríamos preguntarnos, acerca de la histeria, por ejemplo, donde ha sufrido una transformación importante. Ha sido borrada, es decir no existe, en los anales del DSM-IV,



ya no existe la neurosis histérica, ¿Y por qué?... ¿por qué realmente ya no está, se ha esfumado ¿? Parece más bien que la presentación histérica a cambiado de forma. Ya sabemos que en la época en la que Freud

se empezó a interesar por la histeria, aquellas señoras que se desmayaban, que incluso soportaban parálisis inmovilizantes, eran señaladas como histéricas.... por el amo, en su forma de quedar integrada la afección psíquica en el cuerpo por efecto de la represión. Ahora, las represiones sexuales, no es que ya no sean de la misma categoría, sino que también el amo ya no permite que la mujer – tomada e identificada a lo histérico – tome, despliegue dichas manifestaciones... y si la histeria quiere seducir a un amo para que, después, ella lo pueda gobernar, entonces se atiene a esta consideración: no pierde el conocimiento, no existen inmovilizaciones físicas, pero se encarna en nuevas presentaciones: el cuerpo sigue afectado: todo tipo de dolores físicos aquejan a la histeria, bajo la supervisión del amo; si se puede decir que el trabajo, la vida, los hijos, etc., provocan tensión, estrés.... esto sí está permitido, autorizado por el amo. Y he aquí una de las presentaciones actuales. Evidentemente no ha desaparecido, sino que resulta de ello una transformación. Y aquellos que dictaminan, los amos, un DSM-IV como ya no ven aquellas presentaciones antiguas, deciden que ya no existe, se la borra de existencia.

Desde esta presentación es que podemos decir que los nuevos objetos no implican la emergencia de una nueva patología. Como ya indicamos más arriba, el sujeto del inconsciente sigue existiendo, bajo sus formas clásicas de formaciones del inconsciente.

Galende nos ofrece un análisis del problema señalando que los abordajes terapéuticos en la actualidad muestran que ciertas dificultades del tratamiento son comunes a manifestaciones sintomáticas muy diversas; dichas personas presentan dificultades con la representación de la palabra en general, mostrando un pensamiento operatorio, que es índice sus dificultades para la reflexión y que suelen acompañarse de una dominancia de sus conflictos actuales con la realidad, los que ocupan toda su vida psíquica, empobreciendo notablemente su capacidad asociativa, sus relaciones con el pasado, como si se tratara de una memoria que no parece tanto deformada por el pasado – como es el caso de los neuróticos - sino congelada por el presente vivencial, sin capacidad de formular sus relaciones con la historia, una dificultad que se extiende a sus vínculos cotidianos con los otros, como si sufrieran un impedimento de todos sus investiduras libidinales, una tendencia al pasaje al acto, correlativa de sus dificultades para un pensamiento reflexivo que los lleva a buscar, y a exigir del otro, de un *modus operandi* compulsivo, respuestas prácticas e inmediatas, configurando con frecuencia un rasgo de carácter pragmático y operatorio, una actitud superficial y una cierta forma banal de asumir su existencia. Y bajo estos rasgos subjetivos, la función de la palabra en la cura se halla limitada.

Algunas voces interesadas señalan que ante este devenir de lo que denominan “nuevas patologías”, el psicoanálisis no es operativo, en la misma línea de lo pragmático y operatorio que defiende Galende en su discurso, en tanto no tiene instrumentos para el abordaje de estas cuestiones. Y lo que ocurre, en cualquier caso, en la práctica clínica, y por ello las dificultades de un analista en su función, es determinada por estos nuevos avatares señalados prodigiosamente en la palabra de Galende: la palabra desfalleciente,

la impulsividad – síntoma de un yo constituido débilmente -, el pasaje al acto, el presente vivencial.... Y para los psicoanalistas constituye una dificultad de estas nuevas presentaciones, teniendo en cuenta que la estructura del sujeto, por otra parte, queda indemne: el sujeto del inconsciente, el Otro, la función paterna, la madre, la sexualidad. Dichos referentes siguen existiendo, expresándose de otro modo en los sujetos inmersos en la época de la actualidad.

Las presentaciones sintomatológicas que hemos reseñado como ludopatía, toxicomanías y la anorexia y bulimia son patologías del acto, bajo lo que denominaríamos adicciones, desplazando la cuestión del objeto a la crisis en relación con lo imposible de decir, Estas patologías del acto están articuladas por el par compulsión-impulsión. “Adicto” significa literalmente “esclavo”: también significa lo no-dicho, y bajo esta acepción que se va a sostener teóricamente nuestra práctica analítica. Lo no-dicho del sujeto, se vincula al peculiar modo de presentación clínica: las crisis – los pasajes al acto – excluyen la dimensión discursiva, y se resume en una acción bien definida y separada del orden signifiante. Y ahí donde impera el acto, en tanto pasaje, el sujeto queda en paréntesis. Por tanto, el discurso que prevalece en el encuentro terapéutico puede ser tildado como un decir que gira en torno al apilamiento de las crisis - al decir de Nasio en los “límites de la transferencia”-. Es un suceder que puede ser pensando como un proceso incoercible, y de origen inconsciente, a través del cual, el sujeto se ubica en situaciones penosas, limitándose a repetirlas sin recordarlas, con la convicción, al principio de sus inicios, de que son plenamente motivadas por situaciones actuales.

La re-petición es la tentativa de re-ligar lo que no pudo ser ligado en otro momento, registro de la demanda al Otro, confundándose esos términos de necesidad, demanda y deseo. Por tanto, la dimensión del acto inhibe la evocación de lo ausente por su presencia permanente. Las crisis implican un lenguaje sin mediación de la palabra, en cuanto lo rechazado de la palabra aparece en otro campo: ser en un objeto, realización en un

objeto. El sujeto se encuentra lanzado al objeto en el intento vano de ser, y en ese preciso pasaje al acto “fallido” se encuentra entre paréntesis. En cambio, en el síntoma encontramos el significante en acción, una escenificación simbólica sostenida por una fantasía. Si la operación de “nombrar” falla, el sujeto buscará un movimiento para sustituirla, y es precisamente ese pasaje al acto – en cuanto pasión de ser – en que se subrayará como la angustia en juego. De esta forma, el sujeto responde en el registro de la necesidad, confundiendo el registro del deseo con el de la necesidad, y bloquea la dialéctica del deseo. De ahí que la crisis, iterativas, implican “no pienso, sólo soy esa marca”.

Entonces, ¿Cómo entender la transferencia, herramienta del quehacer analítico, cuando se presenta más allá del decir, más concretamente en el hacer, más cercanos a la pasión que al amor? o un hacer – como en la problemática anoréxica – que puede llevar al sujeto hasta la pérdida de la vida misma? El decir del sujeto en análisis anuda al analista y al analizante, y así posibilita el deslizamiento significativo, suponiendo el Saber a un Sujeto. En cambio, el hacer de un sujeto suelda la relación, emergiendo, por tanto, la detención: no hay articulación posible; hay suspensión de la acción significativa.

Esta dimensión del hacer, remite en la transferencia a un hecho heterogéneo respecto de los significantes, que apenas vamos a señalar: las formaciones del objeto a. – Lacan, el objeto a --.

¿Y entonces? Nuestra propuesta desde el psicoanálisis es sostener una clínica centrada en las escuchas posibilitando el pasaje de una boca forzada a ingerir drogas de diseño, comida o a pulsar ganar al Otro en el juego, a una boca urgida a poner en palabras el sufrimiento; es decir, intervenimos en el intercambio del goce por significativo.

Señalemos una cita de Lacan en “Psicoanálisis y medicina “: “cuando el enfermo es remitido al médico o cuando lo aborda, no digan de él que esperan pura y simplemente

la curación. Coloca al médico ante la prueba de sacarlo de su condición de enfermo, lo que es totalmente diferente, puesto que esto puede implicar que él este totalmente atado a la idea de conservarla. Viene a veces a demandarnos que lo autentifiquemos como enfermo: en muchos casos, viene, de la manera más manifiesta, para demandarles que los preserven de su enfermedad, que lo traten del modo que lo conviene a él, el que le permitirá seguir siendo un enfermo bien instalado en su enfermedad”. Desde este texto, podemos inferir que no porque el enfermo articule quejas, su intención sea desentenderse de aquello que lo motiva; estamos señalando el goce. En el sentido de que el sujeto está atado a conservar la enfermedad, de no renunciar a ella, sostiene una posición subjetiva que conlleva las dificultades del acceso al deseo y al establecimiento de la transferencia. No surge interrogante alguno, por cuanto encuentra respuesta en su padecimiento.

Quizá, por último, indicar ese movimiento al que está llamado el psicoanalista: tiene que maniobrar estratégicamente en la transferencia, a fin de alcanzar su re-posicionamiento en el lugar del Sujeto Supuesto Saber del que está caído, devenido del pasaje al acto.

Bibliografía

- Abbagnano, N. *Diccionario de Filosofía*, F.C.E, México, 1974.
- Bru de Sala, X., «Psicofármacos y psicotrópicos», *El País*, 27-2-1999.
- Bruckner, P., *La tentación de la inocencia*, Anagrama, Anagrama, 1996.
- Ferenczi, S. Contraindicaciones de la técnica activa., 1926. En *Obras completas*, Tomo III. Monografías de psicología normal y patológica.
- Ed. Espasa Calpe. Madrid, 1981.
- ...Elasticidad de la técnica psicoanalítica, 1928. En *Obras completas*,
- Tomo IV. Monografías de psicología normal y patológica. Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1981.
- Ferrater Mora, J. *Diccionario de Filosofía*, Ariel, Barcelona, 1994
- Freud, S. Introducción al narcisismo, 1914. En *Obras Completas*, Vol.
- XIV. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 1979.
- ... El malestar en la cultura, 1930. En *Obras Completas*, Vol. XXI. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1979.
- Galende, E. *De un horizonte incierto. Psicoanálisis y Salud Mental en la sociedad actual*. Paidós, Buenos Aires, 1997.
- Kohut, H. *Análisis del self. El tratamiento psicoanalítico de los trastornos narcisistas de la personalidad*. V. Ed. Amorrortu. Buenos Aires,
- 1989.
- Kristeva, J. *Las Nuevas enfermedades del alma*. Madrid: Cátedra., 1993.
- Laplanche, J. y Pontalis, JB. *Diccionario de Psicoanálisis*. Labor, Barcelona 1971.
- Lacan, J. *Le Séminaire, livre I, Les Ecrits techniques de Freud (1953-1954)*. París. Ed. Seuil. 1981.
-*Le Séminaire, livre III, Les Psychoses (1955-1956)*. Paris. Ed.
- Seuil. 1981.

- ...*La dirección de la cura y los principios de su poder. Escritos 2.* Siglo XXI. México, 1984.
- Prigogine, I. *El fin de las certidumbres.* Ed. Andrés Bello. Chile, 1998.
- Rabinovich, D. *Una clínica de la pulsión: las impulsiones.* Edit. Manantial. Buenos Aires, 1989.

Cuestiones

1. Aborda la subjetividad con la cultura actual.
2. Relaciona las “nuevas presentaciones sintomatológicas” con la sociedad del siglo XXI.
3. Cómo pondrías en conexión la época freudiana y la de hoy.